

Recuperar la memoria y el pasado histórico para comprender el presente de Euskadi

CARMEN GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Universidad de Murcia

GRANJA SAINZ, José Luis de la: *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Tecnos, Colección de Ciencias Sociales, Serie de Ciencia Política, Madrid, 2003, 396 pp.

El profesor José Luis de la Granja, pionero y difusor desde 1980 de la nueva historiografía vasca surgida en los años setenta, ya consolidada e institucionalizada en los Departamentos universitarios, nos ofrece en este volumen una valiosísima contribución al conocimiento de la historia del nacionalismo vasco en el siglo XX, centrado en el PNV como eje de la comunidad nacionalista vasca, su columna vertebral durante todo el citado siglo, si atendemos a que fue el único partido de ésta en la Restauración, hegemónico en la II República, y el dominante desde la Transición hasta nuestros días; un partido-comunidad con vocación totalizadora, noción historiográfica acuñada por el autor y plenamente reconocida e incorporada en los estudios históricos más recientes.

En una breve introducción dedicada al análisis de la invención de la nación vasca por Sabino Arana, la ‘Euzkadi’ (país de los *euzkos* o vascos de raza) descubierta, imaginada y falseada en su historia no es sinónimo, nos indica el autor, de País Vasco o de Euskal Herria (el pueblo que habla euskera), sino que es una creación ideológica de su creador

que ha cumplido un siglo de existencia y que tuvo su nacimiento como entidad jurídico-política en la coyuntura republicana, cuando en octubre de 1936 se aprobó el primer Estatuto de autonomía y la formación del primer Gobierno vasco. Precisamente cuando en la actualidad el nacionalismo da por muerto el segundo Estatuto de autonomía, el de Guernika aprobado en 1979, y apuesta por la creación de un Estado vasco independiente (Asamblea de Bilbao de 2000), el PNV, denuncia José Luis de la Granja, aspira a sustituir la Euskadi autónoma del presente por la *Gran Euskal Herria* (país que nunca ha existido políticamente en la historia), en un proyecto político irreal, antidemocrático y totalitario de deriva soberanista que implica, por un lado, el olvido del nacionalismo vasco de trayectoria democrática (de su tradición autonomista consumada por vez primera durante la II República) por el más integrista, antiliberal y antiespañolista de Sabino Arana: el aranismo, nunca revisado formalmente por el PNV, ha retornado al nacionalismo vasco. El peso del pasado en el presente a través de la no revisión de los dogmas aranistas –por considerarse verdades inmutables–, este nuevo regreso a los orígenes, ha contribuido a legitimar esta reciente deriva soberanista del PNV. Por otro lado, la asunción de las tesis independentistas del nacionalismo radical suponen un alto riesgo para la futura historia contemporánea vasca, que puede ver fenecer la actual Euskadi autónoma y plural en el intento de construcción de la gran patria irredenta (devenida en *dictadura abertzale*, bajo la férula de ETA, sobre los vascos, navarros y vasco-franceses no nacionalistas, que suman la mayoría en el conjunto de esos tres territorios), sueño éste que puede acabar en pesadilla, advierte el autor en las páginas del prólogo, sobre todo si se provoca la fractura de la sociedad vasca en dos comunidades enfrentadas, si se va a la *ulsterización* de Euskadi, imitando el modelo irlandés.

El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX, recoge todas estas incógnitas de futuro, las advertencias y las enseñanzas del pasado histórico más reciente (tan olvidadas por los actuales políticos de esa Comunidad Autónoma), en una apuesta (decidida, valiente y no menos arriesgada) por la escritura de la Historia del Tiempo Presente de quien se sabe partícipe de la historia actual y gran conocedor del pasado, descubriendo, ante los ojos del lector, las claves de la recuperación de la memoria histórica de Vasconia, memoria de la que carecen los dirigentes actuales y políticos nacionalistas de hoy, que siguen proporcionando una visión apologética de Sabino Arana y de la historia del nacionalismo vasco –reducido al PNV–, y que continúan con la politización e instrumentalización de la historia iniciada por su fundador, que tanto daño ha hecho a la historiografía vasca de la primera mitad del XX. Este gran objetivo marcado por el autor, desentrañar la memoria histórica del ámbito de los mitos y tópicos, debe ayudar a comprender y entender el presente del País Vasco liberándolo de la visión maniquea Euskadi/España, denunciando la mitificada y falseada historia del pueblo vasco que, tan lejos de la realidad, ha proporcionado y sigue nutriendo la literatura histórica militante, arma política para el falseamiento y la invención de la historia. Ya E. Hobsbawm y T. Ranger, en *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona (2002), señalaron que el período transcurrido entre 1880 y 1914 supuso el apogeo en la invención o readaptación

de tradiciones que, en mayor o menor grado, recorrieron toda Europa y supusieron el principal motor de acción para los movimientos nacionalistas emergentes.

El siglo de Euskadi es continuación de otra obra del profesor José Luis de la Granja titulada *El nacionalismo vasco: un siglo de Historia* (reeditado en el 2002 por Tecnos). En esta ocasión nos presenta una compilación de artículos escritos en los últimos años, tanto en revistas especializadas como en obras colectivas, lo que en algunos momentos conlleva la repetición en el texto de tesis, interpretaciones e ideas que no desmerecen el balance global del mismo, donde se combinan la narración y el análisis, la síntesis interpretativa con trabajos de investigación que ofrecen, en ambos casos, al término de cada aportación, bibliografía básica y especializada y apéndices documentales, de gran interés para un público amplio al tiempo que para el exigente, especializado y académico. Escrito con afán de claridad y amenidad, en él predomina la historia política, pero también los análisis sobre ideología, cultura, prensa y sindicalismo que nutren al movimiento nacionalista vasco (en sus tres vertientes, político, sindical y cultural) en el marco de Euskadi y España en el siglo XX, aunque en la introducción y en dos capítulos se rebasa esta cronología para acercarnos a la figura histórica de Sabino Arana, fallecido a la edad temprana de 1903, con tan sólo treinta y ocho años de edad. A partir de una propaganda radical, simple e insistente, Sabino Arana conseguirá aumentar la base social de su nacionalismo, basando su doctrina política en dos lemas fundamentales: JEL: «*Jaun-Goikua eta Lagi-zarra*» (Dios y Leyes Viejas) y GETEJ: «*Gustija Errijarentxaco Ta Errija Jaugoikuarentxako*» (Todo para la patria y la patria para Dios), como también ha analizado otro estudioso del nacionalismo vasco, Antonio Elorza, en su texto *Un pueblo escogido*. Crítica. Madrid, 2001.

Estructurado el volumen en cinco partes, la primera, que lleva por denominación *El nacionalismo vasco a lo largo del siglo XX*, presenta, en perspectiva diacrónica, un análisis de la evolución política del País Vasco en el siglo XX a través de cinco coyunturas significativas (alrededor de 1900, la crisis de la Restauración, la II República, la Transición y la situación actual) que tienen en común la existencia de un régimen liberal o democrático en España que hace posible el desarrollo de cuatro rasgos definitorios del *siglo de Euskadi*: la nacionalidad, el pluralismo, la autonomía y la polarización. También en esta primera parte se aborda la idea de España en el nacionalismo vasco, las cuatro fundamentales alianzas políticas entre los nacionalismos periféricos en la España del siglo XX, y el análisis de la prensa nacionalista vasca desde Sabino Arana a nuestros días, capítulo de especial interés ya que ha sido el medio de propaganda más importante y más utilizado por el movimiento nacionalista vasco, analizada como fuente de estudio (funciones, rasgos y etapas), una de las principales originalidades metodológicas aportadas por el autor en este volumen.

Destaca en este primer bloque de artículos e investigaciones el análisis de la idea de Euskadi autónoma en una España democrática desarrollada por el *nacionalismo vasco heterodoxo* (de izquierdas y plenamente democrático), menos conocido, aunque no por ello, menos importante, que las dos grandes ramas del movimiento (la moderada y la

radical que heredaron el antiespañolismo aranista). Esta tercera vía o tendencia (representada por ANV y Euskadiko Ezkerra), más débil, intermitente y minoritaria que las anteriores, la menos aranista e independentista, la más autonomista, no consideró incompatibles Euskadi y España (soñó con la construcción nacional de Euskadi en el Estado español), pero fracasó electoralmente y se ha extinguido recientemente. Pese a su debilidad orgánica y su escaso arraigo, las aportaciones de los heterodoxos han sido muy importantes, a juicio de la Granja: contribuyeron desde los años treinta a la modernización política e ideológica del nacionalismo vasco, a su secularización en la cuestión religiosa, y a su democratización con la apertura a la inmigración. Son el ejemplo del difícil ensamblaje en un mismo ideario político de las ideas de nacionalismo, democracia e izquierda. Su desaparición no favorece la solución de la candente cuestión vasca, pues deja la acción futura en manos de radicales que respaldan la acción violenta de ETA (ilegalizada Herri Batasuna) y de moderados (PNV y EA, opciones pacíficas que no renuncian a la independencia de Euskadi).

Las partes segunda y tercera de esta monografía se centran en periodos históricos determinados: la monarquía de la Restauración, la II República y la Guerra Civil. Aquí, la relación entre el nacionalismo vasco y la cultura a través de la mediación ideológica, en la coyuntura de la Restauración, cuenta con un magnífico estudio que rebasa la tradicional historia política para sumergirnos en el análisis de la literatura como elemento relevante de la ideología nacionalista en la etapa posaranista (hasta 1923), y sobre todo en el éxito del teatro nacionalista vasco como género literario más cultivado y promovido por este tipo de nacionalismo, que alcanzó gran eco popular y un intenso tono propagandístico en los dos primeros decenios del siglo XX y en el quinquenio republicano, como se puntualiza en el texto. Esta opción por el teatro, frente al fracaso de la novela nacionalista, estuvo motivada por su consideración de medio más adecuado para inculcar el mensaje político a las masas: *'Su objetivo consistía en inventar una tradición mediante la reconstrucción del pasado, que unas veces era bélico y heroico y otras arcádico y bucólico, con la finalidad de insuflar sentimientos patrióticos en el pueblo vasco'*. Las conclusiones en este apartado analítico son muy clarificadoras: *'el nacionalismo cultural fue un instrumento subordinado al nacionalismo político, siempre prioritario en el caso vasco desde Sabino Arana'*.

En el tercer bloque, dedicado al nacionalismo vasco en la II República y la Guerra civil, José Luis de la Granja, máximo especialista en la historia política, social y organizativa de este movimiento en la coyuntura republicana y bélica, revaloriza las biografías de tres figuras claves en la historia contemporánea de Euskadi: la del *lehendakari* Aguirre, el político vasco más importante del siglo XX; la del republicano Manuel Irujo, primer nacionalista vasco en llegar a ser miembro de un Gobierno español (gobierno de Largo Caballero de septiembre de 1936); y la entrañable figura del médico y polígrafo Justo Gárate, máximos exponentes los tres de la generación nacionalista del 36, que llevó a cabo la modernización política y, en menor medida, ideológica del nacionalismo vasco. Gárate, el menos conocido, es una figura recuperada para el ámbito historiográfico por el

autor de este volumen, que en publicaciones anteriores ya supo explotar acertadamente su testimonio oral y la correspondencia epistolar mantenida con él durante años, fuentes que permiten una extraordinaria cercanía al personaje histórico y a su ideario político: liberal y republicano federal, fue fundador y dirigente de ANV (Acción Nacionalista Vasca, precedente histórico de Euskadiko Ezkerra, y como éste, partido-bisagra entre el PNV y el PSOE), representante de la tercera vía (nacionalismo vasco heterodoxo), diferente de las tendencias aranistas moderada (comunionista) y radical (aberriana), que se caracterizó por abandonar el aranismo y el clericalismo, asumir plenamente el liberalismo y la democracia, y propugnar como meta política no la restauración de los Fueros ni la independencia de Euskadi, sino una amplia autonomía vasca dentro de una República española federal, aliándose para ello con los partidos de izquierdas, en especial los republicanos. Cuando Gárate embarcó como médico en un barco que transportaba a quinientos niños vascos al exilio en Francia renunció, como constata José Luis de la Granja, a la labor política para dedicarse, a través de la cultura y la medicina, a mejorar la humanidad, cuestión a la que no renunció en los largos años de su exilio argentino. La Universidad Vasca le cuenta entre sus promotores pues, como se nos recuerda en el libro, fue miembro de la Comisión organizada para ponerla en marcha durante el breve curso académico 1936-1937.

La cuarta parte del libro, *El nacionalismo vasco en la actualidad*, es sin duda la más novedosa y la que más dificultades historiográficas puede haber generado en el autor, por el reto que supone analizar el tiempo presente y la situación actual del País Vasco desde la perspectiva de un historiador inmerso en la propia historia que narra y analiza, objetivo alcanzado mediante el rigor del método científico y la objetividad analítica del pasado, imprescindible para entender adecuadamente el presente, como se constata tras la lectura del capítulo 13: *‘La encrucijada vasca: entre Ermua y Estella’*, donde se aborda la cuestión vasca durante los cuatro años de Gobierno del PP: sus relaciones con el PNV y su política antiterrorista, la actividad de ETA y los sucesos de Ermua, el giro soberanista del PNV y el intento de los partidos nacionalistas de resolver el problema vasco por medio del Acuerdo de Estella o Lizarra, que precedió a la tregua declarada por ETA, en septiembre de 1998. Recordemos que, diez años antes, en 1988, las fuerzas democráticas vascas suscribían el Pacto de Ajuria Enea para subrayar el compromiso por la democracia y la paz, rechazando el terrorismo de ETA. Un año más tarde, el gobierno socialista comenzó las Negociaciones de Argel, para llevar a ETA al abandono de las armas, pero las acusaciones de «guerra sucia» (41 etarras murieron entre 1977-1981) que pesaban sobre el gobierno socialista, reventaron las conversaciones. ETA prosiguió con su actividad criminal y la colaboración de las policías francesa y española, se saldó con la detención en marzo del 92 de la cúpula dirigente de ETA en la localidad francesa de Bidart. La respuesta de ETA se tradujo en asesinatos selectivos: Gregorio Ordóñez, 1995; Fernando Múgica, 1996; Francisco Tomás y Valiente, 1996 y Miguel Ángel Blanco, 1997, entre otros. Mientras, la actividad terrorista se completó con las acciones de *Jarrai*, y el llamado entorno de ETA, basadas en la violencia callejera y en la intimidación y

amenaza directa de cargos públicos, como se encargó de estudiar Juan Pablo Fusi en su libro *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*. Taurus. Madrid (2003).

El asesinato de Miguel Ángel Blanco tras la liberación de Ortega Lara, disipó cualquier esperanza de negociación, y el antagonismo entre el gobierno de Madrid y el de Vitoria se plasmó en dos fenómenos políticos de gran trascendencia, como analiza en su texto José Luis de la Granja: El «Espíritu de Ermua» y «el Pacto de Estella». El denominado espíritu de Ermua supuso el inicio de las reclamaciones de una sociedad civil vasca que parecía perder el miedo al estado de violencia generalizado que vivía desde el inicio de la transición a la democracia: diversos sectores tanto de los partidos nacionalistas como de los de ámbito estatal se sumaron, junto con profesores de las universidades vascas e intelectuales de Euskadi, a la petición de paz. Incluso surgieron voces críticas dentro del propio ámbito abertzale. Pero la instrumentalización del PP de los actos celebrados por el Foro hicieron girar las propuestas de los nuevos manifiestos hacia la tregua, la negociación y la decisión mayoritaria del pueblo vasco. El rechazo al Plan de Paz del Lehendakari, José Antonio Ardanza, fue una muestra más del alejamiento de posturas entre Gobierno Vasco, PP y PSOE.

La instrumentalización por parte del PNV de estos manifiestos por la paz tampoco se hizo esperar: si 1997 fue el año del espíritu de Ermua, 1998 fue el año del pacto de Estella o Lizarra, que fue seguido de la declaración de tregua por parte de ETA. Este año el PNV inaugura una nueva etapa en la política vasca desde la aprobación del Estatuto de Guernica y tras los años de hegemonía del PNV (1980-1986) y los del Pacto de Ajuria Enea y los gobiernos de coalición PNV-PSE (1987-1998), y comenzaba a seguir la nueva vía propuesta por el ideólogo peneuvista Juan María Ollora: «*una Euskal Herria en paz, trilingüe, dulce y tranquilamente soberana e independiente*». El propio Carlos Garaikoetxea ha señalado que la normalización de Euskadi pasa por un triple compromiso: cese de la lucha armada de ETA, revisión del actual marco estatutario y el impulso de la convergencia interregional vasca, incluyendo Navarra e Iparralde. Estas consideraciones de unión nacionalista con la independencia como objetivo final tenía su modelo en la acción sindical de ELA (vinculado históricamente al PNV) y LAB (de vinculación al MLNV). La estrecha colaboración de los líderes sindicalistas de ambas formaciones debía ser seguido por la fuerzas políticas que fructificaron en las buenas relaciones entre Arnaldo Otegui, líder de la Mesa Nacional de HB, y Joseba Egibar, portavoz del EBB. Los pactos de gobierno PNV-PSE se rompieron, y el Pacto de Ajuria Enea fue sustituido por el Foro Irlanda, creado por HB con el fin de intentar imitar el modelo irlandés de los acuerdos de Viernes Santo.

Esto no fue más que el preámbulo para una mayor polarización de la política vasca tras el anuncio del Plan Ibarretxe, cuyo contenido total fue expuesto ante el Parlamento de Vitoria por el *lehendakari* peneuvista, Juan José Ibarretxe, el pasado 25 de octubre de 2003, como «Propuesta de Estatuto Político de la Comunidad de Euskadi», que sustituiría la vigencia del anterior, tema de estudio que queda fuera del ámbito analítico del libro que reseñamos, objeto todavía de discusión política en nuestros días.

La asunción sin embages del independentismo por el PNV le lleva, en opinión de José Luis de la Granja, a prescindir de la seña de identidad más conspicua de este particular partido, 'su calculada ambigüedad sobre su meta, su balanceo político pendular entre su independentismo teórico y su estatutismo práctico' que tan metafóricamente supieron trasladar al título de su obra Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Sanz en *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Crítica (1999 y 2001). La doble alma, autonomista e independentista del PNV, desde su manifiesto tradicional de 1906, ha quedado resquebrajada al abandonar el pragmatismo estatutista de su acción política y su tradición centenaria de posibilismo político. En la encrucijada vasca, el nacionalismo vasco cree poder hacer retroceder el reloj de la historia hasta 1977, llevando a cabo una segunda transición, pero está claro que Estella ha beneficiado al nacionalismo radical en detrimento del moderado, según las conclusiones del texto. La opinión del autor se deja entrever en esta problemática cuestión cuando aconseja que el PNV debería retomar el pragmatismo político, y siendo como es legítima su reivindicación de profundizar el autogobierno vasco por la vía de los derechos históricos e incluso modificar el Estatuto, el respeto a las reglas del juego democrático deben priorizarse a la hora de conseguir un mayor nivel de consenso que el logrado por el Estatuto de Guernika, y por supuesto, no marginar al 45 por ciento del electorado no nacionalista de la CAV. El error de Estella en 1931 (coalición con el carlismo frente al republicanismo laico) debería también servir de enseñanza de la Historia para con este *segundo error de Estella*, pues hoy como ayer, el PNV tiene que elegir entre democracia o fascismo.

La quinta y última parte del texto de José Luis de la Granja ofrece tres pormenorizados y acertados análisis de sendas contribuciones historiográficas sobre el nacionalismo vasco: el primero, referido a la obra ya clásica de Javier Corcuera, *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*, centra su objeto de estudio en la etapa aranista, y es profusamente elogiado por de la Granja por la gran deuda que la renovada historiografía vasca tiene con este texto originariamente publicado en 1979 desde la óptica del hermanamiento entre el Derecho y la Historia; en el segundo ejemplo de historiografía el autor nos da a conocer sus comentarios críticos al *Péndulo patriótico*, calificado de ejemplo de historia académica elaborada con una metodología científica y sustentada en numerosas y diversas fuentes y en un gran conocimiento de la historiografía. Además de su aportación historiográfica, de los dos volúmenes del *Péndulo* de la Granja nos ofrece la interpretación histórica que de ellos se desprende, y la magnífica documentación analizada y dada a conocer, en muchos casos, de forma novedosa. El tercer y último capítulo, que cierra el libro, está dedicado a la reseña de la versión abreviada de la Tesis doctoral de José María Tápiz, dirigida por Santiago de Pablo, *El PNV durante la II República (organización interna, implantación territorial y bases sociales)*. Se destaca en el texto el acierto en el análisis de la nutrida comunidad nacionalista aglutinada por el PNV, que reunía a unas 70.000 personas en el periodo de estudio, el predominio de la juventud en sus bases sociales, así como el interclasismo y el predominio de las clases populares, y la extracción de clase media de sus dirigentes

políticos y diputados, entre los que predominaban los profesionales liberales (en especial los abogados). El sistema de afiliación, la financiación interna, los lugares y centros de sociabilidad, son otras problemáticas abordadas con éxito por Tápiz, decididamente destacadas por el autor en este análisis.

Son, en definitiva, tres invitaciones a la lectura historiográfica lo que nos ofrece José Luis de la Granja en este último capítulo, especialmente para los interesados en conocer, de la mano de especialistas, el pasado y el presente del País Vasco. Una invitación que hago extensiva en esta reseña a su libro *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, por la magistral y tolerante lección de historia que se desprende de sus páginas, por su ejemplar y comprometida preocupación por el futuro de Euskadi, por la denuncia de la tergiversación y manipulación que se hace de la historia en el presente político vasco.